

El Complejo de Edipo: una lógica ante la castración

Oedipus Complex: A logic before the castration

José Ramiro Ortega Pérez

Mtro. en Psicología Clínica, Psicoanalista. Líder del cuerpo académico de Psicología Clínica, UNACAR (Universidad Autónoma del Carmen).

Correspondencia:
ortegamar3@yahoo.com.mx

RESUMEN

En el presente trabajo me propongo discutir la insuficiencia de lecturas del Complejo de Edipo que lo reducen a dimensiones políticas y/o epistemológicas o, peor, aún a móviles personales del creador del psicoanálisis. Se trata de recobrar el valor clínico del concepto y demostrar que en él se encuentra presente una lógica, deducida de manera rigurosa por el creador del psicoanálisis. Finalmente, se intenta señalar que sin el recurso de la clínica el intento de formalización se extravía.

Palabras clave: Complejo de Edipo - Padre - Castración - Real psíquico - Formalización.

ABSTRACT

In this paper, it's proposed to discuss the lack of readings about Oedipus

complex in which it is reduced to political and/or epistemological dimensions, or even worse, to the personal mobile of the psychoanalysis creator. So, the main purpose of this article is to recover the clinical value of the concept and to show that it contains a logic, deduced rigorously by the creator of the theory. Finally, it is pointed out that without the clinical resource the formalization attempt would be lost.

Key words: Oedipus Complex - Oedipal Complex - Father - Castration - Real psychic - Formalization.

Ya no resulta raro, y por ello parece haberse extraviado parte del asombro de los primeros tiempos, leer comentarios y desarrollos imputables a la práctica freudiana. En gran medida, puede entenderse que existen dos aspectos de gran importancia que se encuentran en juego; por una parte, se trata un pensamiento que apunta a repensar los límites de la práctica analítica y, por la otra, de aspectos relacionados a la problemática siempre vigente de la formación de los analistas.

En el primer sentido se entienden comentarios como el de Jean Allouch en que se apunta a señalar que el "...análisis puede ser llevado más allá del 'complejo de castración' que se reconocía como una barrera infranqueable..." (2004, p. 24). En el segundo, se plantean los inconvenientes de sustentar una formación en una versión del padre, la del propio Freud, quien en su intento por arrojar una luz de respetabilidad sobre su figura, simultáneamente, arrojaría un velo de sombra sobre una práctica que no es otra que la de la singularidad, del caso por caso (Jáuregui, 1998).

En ambos sentidos, se puede asentir que la discusión por los

principios o fundamentos del quehacer analítico no sólo reviste una gran importancia práctica, sino que se encuentran en juego aspectos conceptuales que apuntan al futuro mismo de la disciplina, en la medida que de la propia formación de analistas, depende el lugar mismo del psicoanálisis en la cultura. Seguro, la discusión es de peso, pero es factible preguntarse en torno a la posibilidad de aplicar a Freud una lectura no analítica de su obra o, más aún, si al poner en juego nuestra propia mirada sobre un problema no exponemos el modo mismo en que intentamos situarnos histórica y singularmente ante su legado.

El legado freudiano

En el *Esquema del psicoanálisis* Freud realiza el siguiente comentario: "... Me atrevo a decir que si el psicoanálisis no pudiera gloriarse de otro logro que haber descubierto el complejo de Edipo reprimido, esto solo sería mérito suficiente para que se lo clasificara entre las nuevas adquisiciones valiosas de la humanidad ..." (1938/1976, p. 192).

A pesar de la importancia concedida por el propio Freud al

complejo de Edipo, parece existir una marcada tendencia a la descalificación de los propios dichos del autor y a reducirlos a una especie de lógica de las intenciones. Me explico: se trata de rebajar el valor de los propios descubrimientos de Freud, como si éstos no hubiesen sido extraídos de la clínica, y su propia posición como sujeto del inconsciente o como sujeto social determinara el alcance mismo de sus producciones.

Lo curioso, sin embargo, es que ello sirva como argumento para alejarse de la clínica y tratar los conceptos freudianos como dichos sin mayor consecuencia práctica. De ello se desprende o un abandono de categorías o una corrección de las mismas sin referencia al contexto en que fueron producidas. Pareciera que, al corregir a Freud, se tratara simplemente de un asunto de superioridad conceptual o de la simple reinserción de los términos en otro contexto.

De manera ejemplar a este tipo de proceder, Miguel F. Sosa señala que el concepto de complejo de Edipo nunca es usado por Freud de manera paradigmática en la explicación de algún caso clínico. El afirma que el empleo del término se encuentra más bien matizado por una intencionalidad de carácter político, en la que la referencia a la sexualidad queda atenuada. De este modo, el autor expone que "...en asuntos de sexo, Freud no quería ser tomado por un vanguardista del *fin de siècle* en Viena. Por eso, y para deserotizar las referencias a la vida sexual, apareció el complejo de Edipo..." (1998, p.31). Las consecuencias aunque no explícitas son claras; se trata de un Freud estratega y de un Freud que recula ante el horror de lo sexual, atenuándolo con la

referencia Edípica, ¿sino cuál sería la razón para deserotizar las referencias a la vida sexual?

Esta imagen contrasta, al menos, con la presentación que Lacan hace del *sueño de la inyección de Irma* que apunta a un Freud que no recula ante lo real y que avanza donde el soñante común despertaría. Igualmente contrastante resulta el impacto que producen los textos freudianos por su meticulosa e inquietante presentación de la vida sexual infantil, a diferencia de muchos textos formalizadores o teóricos que no inquietarían al más intranquilo de los sueños diurnos.

Ello no obsta para que, siguiendo a Sosa, el complejo de Edipo pueda ser remitido a una producción teórica, de consecuencias conceptuales, pero ni construido, ni viable para la clínica. Por ello Celia Jáuregui señala: "...En el estudio realizado por Miguel Sosa acerca del complejo de Edipo queda explicitado que tanto el complejo de Edipo como el mito freudiano del asesinato del padre de la horda primitiva le permitió a Freud reflexionar acerca de la historia de la humanidad, el desarrollo de la religión y la moralidad, sin embargo Freud no juzgaba que le hubiese ayudado a comprender alguna cuestión proveniente directamente de la clínica psicoanalítica..." (Jáuregui, 1998, p. 114).

Es así que, aparte de exponer a Freud como estratega asustado, la invención Edípica queda confinada a un aporte teórico sin utilidad clínica; de este modo, sería factible igualmente realizar correcciones a la teoría y deshacerse, ¿o superar?, el lastre freudiano. Se puede, sin embargo, intentar una última estocada y eliminar por completo la referencia al padre

fundador. Reducir, aún más, la creación a la intencionalidad de Freud, a sus ataduras o móviles discursivos, y, ahora sí, proceder a su inmovilidad.

En este punto resulta ilustrativo el intento realizado por Jean Allouch en varios textos, pero particularmente en *La sombra de tu perro: Discurso psicoanalítico, Discurso lesbiano*, en el que sitúa a Freud del siguiente modo: "...Podemos percibir así que detrás de la figura del padre asoma la punta de la nariz del *amo*..." (2004, p. 21). Si bien Allouch se refiere puntualmente a una lectura en que Freud es colocado en un punto preciso en la relación entre su hija Ana y Lou Andreas Salomé, la reducción de la paternidad a una colocación en el discurso resulta, por lo menos, digna de pensarse.

La referencia al carácter textual y al estatuto discursivo del inconsciente, parece dispensar a algunos autores no sólo de pensar la forma de producción de saber en el psicoanálisis, sino también del carácter vivo, real, de la transferencia.

Con ese recurso, o dispensa, no sólo se pueden reducir los cuatro discursos lacanianos a relaciones, posiciones subjetivas, o, peor aún, se puede identificar a un hablante (fuera del dispositivo analítico) con el papel del agente. Por ello, Freud, o quien se guste, puede aparecer fácilmente deslizado, de padre a amo.

De este modo, las categorías clínicas dejan de tener vigencia en un discurso que es, finalmente, una praxis y se colocan las piezas de un modo tal, que una lectura epistémica prevalece por encima de una lectura clínica. Lo que, sin embargo, se produce es mucho más fuerte de lo que parece: se elimina el decir efectivo del sujeto, merced a

una localización discursiva. El problema es claro, no se trata de producir al sujeto desde la estructura, por el contrario, la clínica misma hace emerger la estructura, siempre limitada y delimitada, desde el sujeto.

La hipótesis a argumentar, en el fondo, es sencilla: eliminando el contexto de producción, es decir, la forma peculiar en que la clínica hace posible la construcción de conceptos, no sólo dejamos fuera al sujeto, sino también el modo mismo en que desde lo más singular, pero al mismo tiempo delimitado, un sujeto concreto encuentra y crea la posibilidad misma de lo inédito.

La cuestión del mito

En una lógica diferente de la de Allouch, pero en el mismo sentido de señalar las insuficiencias epistémicas de Freud, Jacques Alain Miller cita : "... No sin humor Lacan denuncia, al final de su 'Proposición del 9 de octubre sobre el psicoanalista de la Escuela' que una misma lógica opera en el mito edípico, la sociedad analítica y el campo de concentración (...) Resume así la lógica del complejo de Edipo como el de *Massenpsychologie*, pero es para mostrar que esta fórmula libera al mismo tiempo el espacio de la otra 'sexuación', fuera del Edipo..." (2001, p. 18).

A riesgo de simplificar un poco, puede señalarse que el deseo de Freud de hacer respetable al padre, de reivindicarlo, deja su marca en la consagración de estructuras y formas del lazo social en que prevalece la norma, el respeto a lo consagrado y, finalmente el ritual. El "humor" referente al campo de concentración, por lo menos, plantea la imagen de un

adentro y un afuera que se constituyen como espacios de inclusión/exclusión consagrados por el dominio y el sometimiento.

A final de cuentas, esta entrada crítica al complejo de Edipo que no lo reduce a puro invento político, aunque no parecen estar del todo alejadas las referencias al discurso del amo, ha sido capaz de demostrar que se puede plantear la posibilidad de ir más allá de los límites de complejo de Edipo, tanto en la clínica como en la formación de analistas, y que es posible articular otra entrada a la concepción de la sexualidad humana.

Para ello, Miller expone esta posibilidad realizando, de pasada, una crítica a Freud y otra a Lacan. En la primera señala que Freud no percibe el carácter paradójico del atributo fálico y por ello lo coordina en función de que se tenga o no con la existencia de dos clases de seres humanos. En la segunda, critica a Lacan el haber coordinado la castración con el Edipo y haber contribuido a consagrar la relación entre el padre y la castración y no, como debería de ser, entre el lenguaje y la pérdida de goce.

Por esa razón se entiende bien, que al hacer la referencia al Edipo, Miller lo ubique como un mito que relata un aspecto central y al que no se puede articular ya más a la cuestión del padre. En tal sentido Miller y otros autores dicen: "...Tal como hubo mito para explicar cómo había nacido el fuego, porqué existen la tierra, y el cielo, y los hombres y las mujeres, el mito de Edipo no era más que, en el psicoanálisis mismo, una manera de explicar porqué había algo roto en el goce, y por eso se cuenta que fue por culpa de la prohibición..." (1992, p. 40).

De entrada, no se puede rebatir

que este modo crítico, de marchar del complejo de Edipo a las fórmulas de la sexuación, haya sido fructífero al señalar las lógicas de la excepción y de la falta como recorridos inéditos que permiten pensar de otra manera tanto el estatuto de lo femenino como el entramado mismo de la sexualidad humana. Sin embargo, ¿podría decirse que el mito, aún concediendo que, antropológico o clínico/freudiano, ocupe la misma función discursiva; se desprenda de ello que su función en el psicoanálisis sea únicamente la de narrar la pérdida de goce?, ¿no tiene, en tanto mito freudiano, un sentido y una función eminentemente clínicos?.

Del mito al sujeto...

Si se toma la cuestión del mito por su función genérica y se le reconduce a una articulación igualmente general, entonces, podemos realizar señalamientos, producir cambios e incluso, establecer una lógica rigurosa. No obstante, de manera implícita eliminamos tanto el contexto de producción de conceptos psicoanalíticos como el problema que le da sustento: el sujeto psíquico.

Desde lo genérico, podemos decir que un mito es una producción imaginario - simbólica cuya función consiste en expresar un núcleo real inaccesible o imposible de recuperar dentro de una construcción significante. Particularmente, las cuestiones relativas al origen (de los tiempos, del lenguaje) y del aspecto que funciona como esencial en la producción y funcionamiento de una organización determinada (social, de lenguaje, etc.), son los que intentan ser resueltos con el mito.

Se trataría, de este modo, de

una construcción a partir de la cual sería posible entender el modo de producción de un ordenamiento, de un sistema de relaciones e incluso de un determinado tipo de saberes.

El mito tendría así la función de figurar una relación de inclusión/exclusión de lo real con el lenguaje y permitiría inaugurar, en sentido estricto, genealogías. Bajo la forma de sistemas, nombres, ritos o relaciones, un orden propiamente humanizante.

En un sentido inverso, pero igualmente ilustrativo, puede decirse que si aquello que se expresa con el mito apareciera sin el velo de la construcción imaginario - simbólica, entonces, su resultante sería el horror. Cobraría la forma de lo siniestro, lo ominoso y, al mismo tiempo, paradójicamente familiar.

La ficción, entonces, más que cerrar o encerrar lo real, simplemente lo limita, lo expone en una relación de presencia/ausencia; pero, en sentido estricto hace posible una expresión, pero, no determina ni rige lo real.

En términos de Žižek se plantea que "...lo real no funciona como algo que se resiste a la simbolización, como un resto carente de significado que no puede integrarse en el universo simbólico, sino, por el contrario, como su último sostén..." (2000, p. 60).

Hasta este punto parecería no existir ningún problema y podríamos realizar de manera epistemológica un pasaje desde lo mitológico a lo estructural, y extraer el valor lógico del planteamiento y sustituir los términos mal articulados por Freud o incluso por Lacan, pero cuyo riguroso planteamiento nos permitiría continuar sino con su letra, al menos, con el sentido de su obra.

Por ello se entiende que si Freud sustancializó al padre y dejó el percibir lo paradójico del significante fálico y Lacan articuló éste de manera errónea a la castración, cuando que de lo que se trata es de la cuestión de lo real; entonces, sería factible ponerse en sincronía epistémica y suscribir el modo en que lenguaje y goce se ponen en una compleja relación lógica.

El problema central, sin embargo, parece de otra monta o mejor dicho, de otro nivel de consecuencias. Digamos que un hablante singular entra a análisis y él, sólo él, desde sus propias posibilidades, con su distribución de fuerzas pulsionales o psíquicas, en un contexto transferencial, produce un encuentro con su deseo y vivencia los avatares de la pérdida de goce. ¿Será posible que sus relatos, ficciones, límites, encuentros, contingencias, etc. puedan ser reducidos a una función de límite, de expresión ficcional de un real sostén e inaprensible?

¿No se trata más bien de un mito propio, sí, de un neurótico, de un hablante que nos muestra un recorrido absolutamente singular, pero que tiene, como Freud bien lo demostrara, líneas de fuerza bien definidas?. Puede decirse que más acá de un mito se encuentra no sólo una lógica de la estructura, sino también de las posibilidades, del rigor de una construcción en la que las imágenes freudianas aportan, en el fondo, cuestiones de sabiduría clínica que nos ponen en contacto no sólo con esa viveza de la clínica que nos muestra la vigencia de lo real psíquico, sino también con las líneas de determinación en que puede señalarse que una copa de cristal no se rompe al azar sino por las microscópicas líneas de fractura que preexisten en el cristal,

o, más aún que en la clínica sirve de poco retirar la lámpara que ocasionó el incendio cuando este ya se ha irradiado y ha dejado consecuencias claras.

En este sentido, el planteamiento central de esta discusión consiste en mostrar que existe un núcleo duro en el complejo de Edipo, presentado como una lógica ante la castración, que nos permite reconocer el modo en que el concepto Edípico, vinculado fuertemente al quehacer clínico, producido sobre él, y que conlleva una rigurosa lógica subjetiva que matiza de manera determinante los planteamientos estructuralistas y epistemológicos de algunos destacados analistas.

¿Cómo funciona, entonces, el complejo de Edipo en su articulación con la castración?.

Castración y lógica freudiana

En un sentido lógico, Freud aborda el Edipo y las posibilidades de su sepultamiento (1924/1976) considerando el modo estructural como la castración aparece más como una necesidad estructural interna que como un exterior discontinuo. De este modo, plantea que a la entrada del Edipo existen dos premisas:

1. La fase fálica, como afirmación aristotélica de un enunciado universal: todos tienen pene. La simultaneidad de la investidura narcisista de una parte del cuerpo propio: el pene.

2. La investidura libidinosa de los objetos parentales, que ofrece dos posibilidades de satisfacción erótica: una activa con el objeto madre y una pasiva con el objeto padre.

Con ambas premisas, se pondrán en juego tanto la castración materna y la afirmación universal, como el

conflicto entre la investidura narcisista y la satisfacción erótica. Es decir, que se ponen en juego lo universal, y lo que garantiza como satisfacción activa o pasiva, el recorrido donde está en juego una investidura del cuerpo propio.

En este sentido, por un lado, la castración materna pone en juego el no-todo, la diferencia pura, la inexistencia del universo sexual. Por otra parte, el conflicto trae aparejada una situación sin salida: si se opta por una satisfacción erótica activa (con el objeto madre) la castración sobreviene como castigo por el desplazamiento del padre; si por el contrario, la opción elegida es por la satisfacción pasiva, entonces, la castración se admite como premisa.

En ambos casos, la satisfacción implica una puesta en juego de la investidura narcisista, en tanto que, el elemento corporal investido “el pene” pasa a formar parte de una dinámica de pérdida, o en lo simbólico o en lo real.

Esta solución, o extrañamiento del Complejo de Edipo, implica una salida en dos direcciones:

1. La primera de ellas supone que el Yo se encuentre en posibilidad de realizar tres operaciones: a) el extrañamiento del yo ante la satisfacción erótica, que implica la puesta en juego de la represión y la cancelación momentánea de la función de los genitales (el período de latencia); b) la formación del superyó como una sedimentación en el yo, que reúne por vía de la identificación a los objetos parentales. Al respecto, literalmente Freud señala que “...la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y,

simultáneamente, el objeto - padre del complejo invertido, y lo análogo es válido para la identificación madre...” (1923/1976, p. 35); c) la construcción en el yo de una contrainvestidura, la formación reactiva, como una moción pronta a actuar ante las primeras elecciones de objeto del ello.

2.- La construcción de una satisfacción libidinal que al mismo tiempo que pugna por su conservación, para tal efecto y para repetirse es menester que ponga en juego la admisión de una pérdida. Es decir, y como Freud ha señalado en diferentes momentos de su obra, hay que admitir que el camino más rápido para la satisfacción es, al mismo tiempo, el más seguro. De este modo, si bien se pugna por ella y su intensidad es el mayor obstáculo para su abandono, el sacrificio a pagar por una satisfacción total es más grande que la ganancia obtenida, dado que, no sólo se pone en juego la propia investidura narcisista, sino también la posibilidad misma de repetirla. La condición misma de su existencia, implica la posibilidad de su repetición. Es por ello, y no por otra razón, que es necesaria una nueva operación psíquica que haga posible la construcción de un decurso que asegure la repetición segura de la satisfacción, así sea, a riesgo de un cada vez mayor, empobrecimiento o restricción del yo.

Entonces, el trabajo que emprende el Yo para extrañarse del Complejo de Edipo implica, bajo la guía de una satisfacción segura, la construcción de un sustituto para investidura libidinosa. Es así, que el sustituto debe cumplir con dos

condiciones: primero, que no sea reconocida por el yo como satisfacción, y en segundo lugar, que cobre el carácter de una compulsión. Es decir, que implique una vía, una trayectoria para la repetición.

De este modo, si la cura tiene una lógica, implica que existen reglas para construir desde una armazón preexistente la conjunción de lo posible, lo necesario y lo contingente. Sólo así, pueden articularse de manera consistente planteamientos como el de Eric Laurent (2002), en los que repetición y creación, lo posible y lo nuevo puedan plantearse finales de análisis singulares.

La lógica de la cura, de este modo, parte de reconocer estas posibilidades y de seguir, de manera rigurosa, las trayectorias que harán posible la creación de verdaderas novedades psíquicas; sin embargo, siempre a remolque y partiendo desde lo previamente construido.

¿Existe, por esta vía, alguna dificultad para reconocer al sujeto concreto de la clínica, así reconozcamos con Lacan que de lo que se trata es de una apertura contingente, evanescente, pero siempre ligada a una dinámica concreta de fuerzas?.

Efectos y estructura

Como bien lo señala el lógico brasileño Newton Da Costa: “...la formalización completa y total es, en general, imposible. La formalización es importante, significando bajo cierto punto de vista el proceso de condensarse en algunos símbolos, en algunas ideas básicas, muchas relaciones y muchas propiedades (...). La formalización es siempre un

instrumento de trabajo...” (1998, p. 611).

De este modo, si la formalización implica para nosotros no tanto la posibilidad de hacer epistemología o de corregir la plana de los llamados instauradores de discursividad, sino de vincular la transmisión con nuestro quehacer, entonces, los conceptos no tienen sólo la marca de nuestras intencionalidades, sino también, y profundamente de nuestro hacer.

No existe, evidentemente, una continuidad absoluta en los diferentes espacios que conforman el dispositivo analítico; sin embargo, tampoco existe una diferencia radical. Si lo que hemos construido no ha dejado como efecto, incluso como marca, una forma de relación peculiar ante lo real, entonces, por más que ostentemos una insignia esta no corresponderá a lo efectivamente transmitido.

Es por ello que la puesta en práctica, el ejercicio continuo de trabajo sobre nuestros fundamentos, se convierte en una renovación misma de los principios que nos permiten vincularnos éticamente con nuestra práctica.

Pensar la castración, en simultaneidad con la satisfacción,

desde el propio Freud y sin la aceptación pasiva de *clisés*, a final de cuentas, nos permite situarnos en esa distancia *éxtima* que hace de nuestro quehacer una pasión de vida. No se trata solamente de exponer fundamentos, se trata de un ejercicio que, por más que se evite, no puede sino inscribirse bajo las coordenadas de la ética.

Es así que, si bien dentro de las fórmulas del final de análisis, las consecuencias de la destitución subjetiva pueden implicar no sostenerse acriticamente ni sacralizar la palabra del padre del psicoanálisis, tampoco su superación implica la descalificación o su inscripción en otro campo que no sea el de la praxis que le da sentido.

Se puede coincidir con Miller que se trata de ir más allá del padre, a condición de servirse de él, sin embargo, se requiere no olvidar otra frase que en este momento podemos colocar en el otro extremo, como un verdadero fundamento de trabajo: “...No querer pensar en ello no es el olvido, desgraciadamente. El débil, sometido al psicoanálisis, siempre se convierte en canalla. Que se lo sepa...” (Lacan, 1976/2008, p. 205).

REFERENCIAS

- Allouch, J. (2004). *La sombra de tu perro: Discurso psicoanalítico, Discurso lesbiano*. Buenos Aires: El cuenco de plata.
- Da costa, N. (1998). *Psicoanálisis y lógica*. En: Miller, J. A. *Elucidación de Lacan*. Buenos Aires: EOL - Paidós.
- Freud, S. (1923). *El Yo y el Ello*. En: Freud, S. (1976). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En: Freud, S. (1976). *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1938). *Esquema del psicoanálisis*. En: Freud, S. (1976). *Obras Completas, Tomo XXIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Jáuregui Lorda, M. C. (1998). *Tratado sobre el padre: reivindicación de un simbólico*. Artefacto 6, *Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, julio. México: Anace.
- Lacan, J. (1976/2008). *El fracaso del Un - desliz es el amor*. A la manera del seminario oral de Jacques Lacan 1976 - 1977. México: Ortega y Ortiz Editores.
- Laurent, E. (2002). *Los objetos de la pasión*. Buenos Aires: Tres Haches.
- Miller, J. A., Bleger, D, Cagliolo, S. B., Casenave, L., Fryd, A., Ileyassof, R., Lombardi, G., Nepomiachini, R., Seldes, R. y Tudanca, L. (1992). *Comentario del seminario inexistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Miller, J. A. (2001). *Breve introducción al más allá del Edipo*. En: Miller, J. A. *et al.* *Del Edipo a la Sexuación*. Buenos Aires: Paidós.
- Sosa, M. F. (1998). *Del parricidio freudiano a la muerte del hijo de Dios*. Artefacto 6, *Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, julio. México: Anace.
- Zizek, S. (2000). *Mirando al sesgo: una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.